

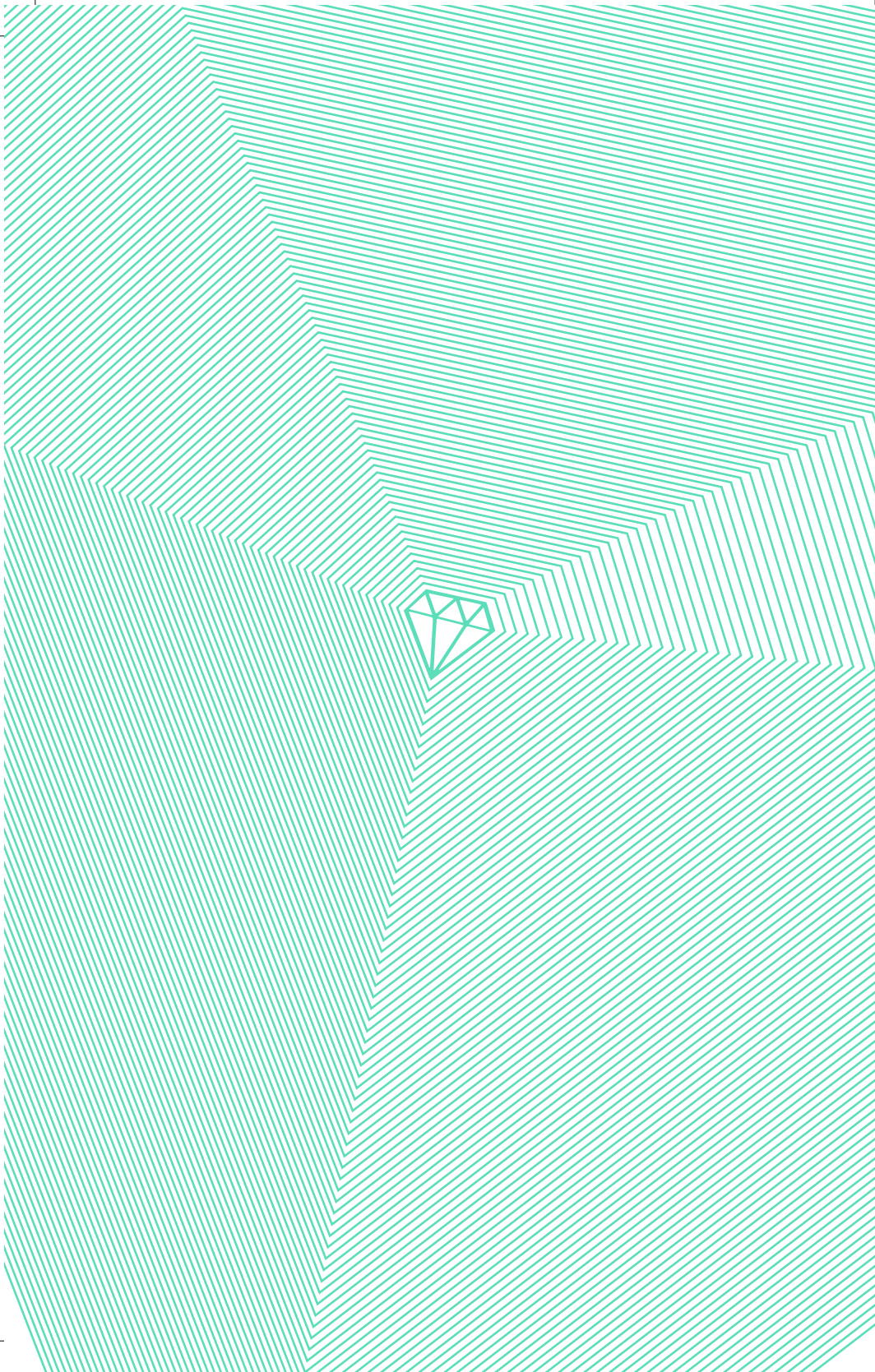
CARMEN CASTILLO

@carmentuitera

Neoná, Tú podi

EDICIÓN ANIVERSARIO 2 AÑOS

 Planeta



Es verdad

He tenido un año entero para darme cuenta de que, quizás, pude entregar un concepto errado de mi hermosa y humilde persona. Al parecer, en alguna parte me presenté como alguien parecido a Sor Teresa: sanadora, terapeuta y poco ambiciosa. La verdad, no soy ni pretendo ser ninguna de esas weás.

Así que, me presento: Soy Carmen Castillo, alias @carmentuitera. Algunos me conocerán como Carmen Culiá (usted no quiere saber por qué). Me costó salir del colegio; cuando nadie creía en mí la rompí en la PSU; quedé en una «universidad tradicional» y me fui; pasé por tres carreras y terminé una con mucho esfuerzo. No por falta de capacidades, sino porque me metieron en la cabeza que *tenía* que seguir una línea que en realidad otros habían trazado, para desde ahí poder hacer finalmente lo que quería. Pero la verdad, me di cuenta de que ese momento nunca llega. Siempre: el sistema, la sociedad y tu familia. Se espera que cumplas con estándares básicos de lo que ellos consideran «éxito». Así que cumplí con terminar la carrera y nunca le trabajé a nadie. Me

construí. Mi papá hasta hace poco no creía que tengo un trabajo de verdad, pero fue eso mismo, sentir que pocos creían en mí, lo que me impulsó a caminar más fuerte y creer una y mil veces más en **MÍ**.

La he cagado bastante, y espero seguir cagándola.

Te van a decir que soy chanta y ES VERDAD.

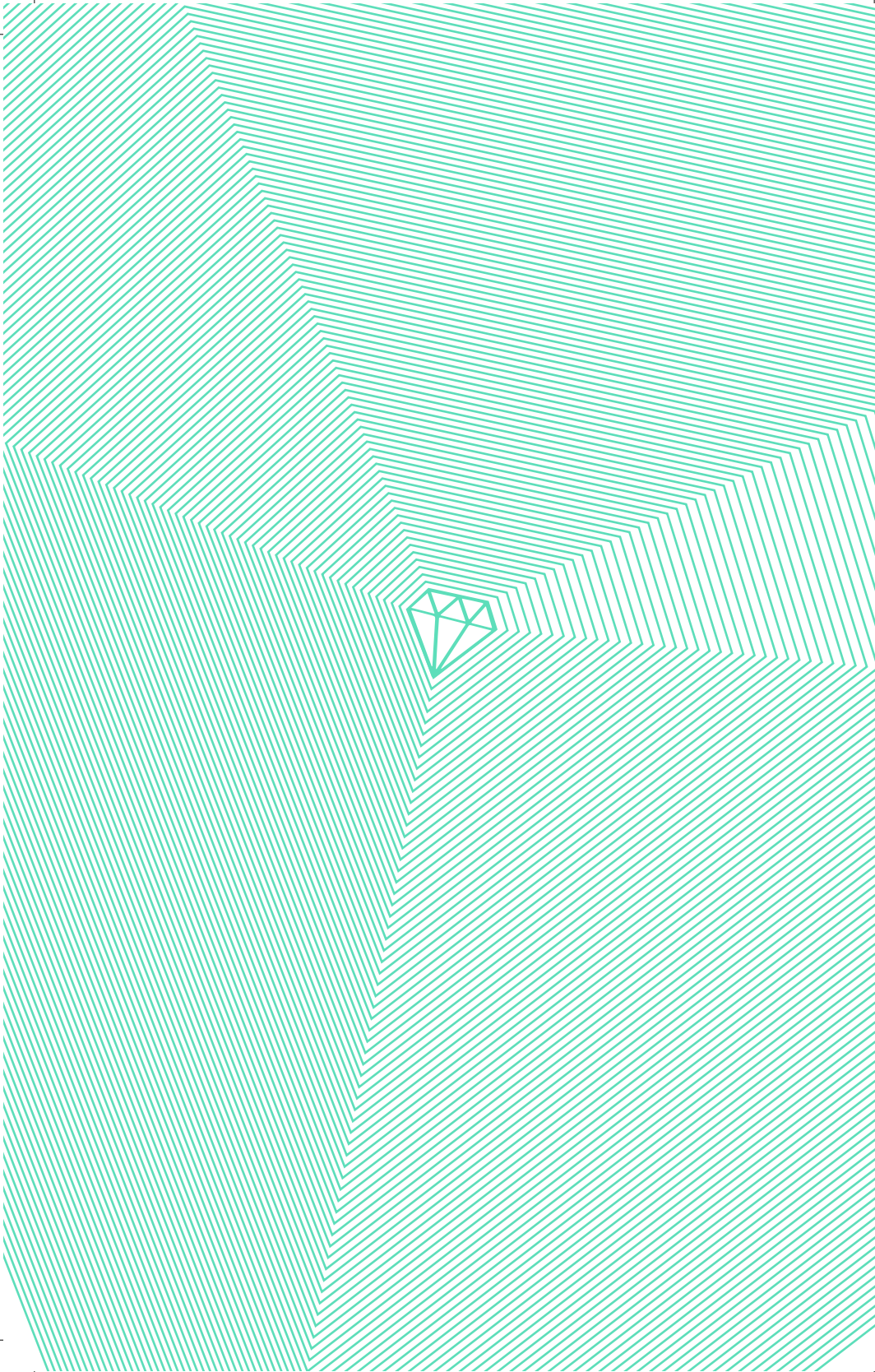
Te van a decir que soy vende humo y ES VERDAD.

Te van a decir que soy zorra y ES VERDAD.

Porque he sabido hacerla de una forma distinta a la que me dijeron. De la nada he construido un imperio; sí, un imperio, donde vendo tazas, poleras, libros, y últimamente, hasta cuadros. No le debo nada a nadie, no le tengo miedo a nada ni nadie, apporto a mi manera a miles de mujeres, soy mamá y a veces me gustaría no serlo, soy pareja y he sido buena pareja, a veces tóxica, a veces muy tóxica, porque soy una humana con tetas (una más chica que la otra) y me propuse solo una cosa: ser quien quiero ser y no andar mendigando aprobación de nadie. Quiero más; sí, quiero más, y quiero que otras mujeres también quieran más.

Te van a decir que estoy loca, y es muy cierto. Te van a decir que soy mala, y quizás lo soy para quienes no pueden aceptar que les digan en su cara lo que uno piensa, ni menos soportar a una mujer que reconoce que es ambiciosa, a quien los insultos le resbalan y que lo más probable es que cumpla todo lo que se propuso y más.

No busco ser tu terapeuta. Busca ayuda si es necesario, yo no pretendo reemplazar a alguien tan importante para tu salud mental, no quiero decirte que mi meta es vivir en la sencillez, no quiero que me pongas en un altar que no pedí. Quiero que me pongas al lado tuyo, como si te estuviera leyendo el libro en la oreja y diciéndote: «no escuché weones ni weonas». Vive tus procesos, llora, ríe, quiere tu cuerpo si podí, pero no te obligues a aceptarte, porque hasta eso pretenden controlar en nuestras vidas. Tira chuchadas, come weás, poncea, pero entiende que nada de eso llenará el espacio que solo podrás completar con la verdadera persona importante de la historia. **TÚ.**

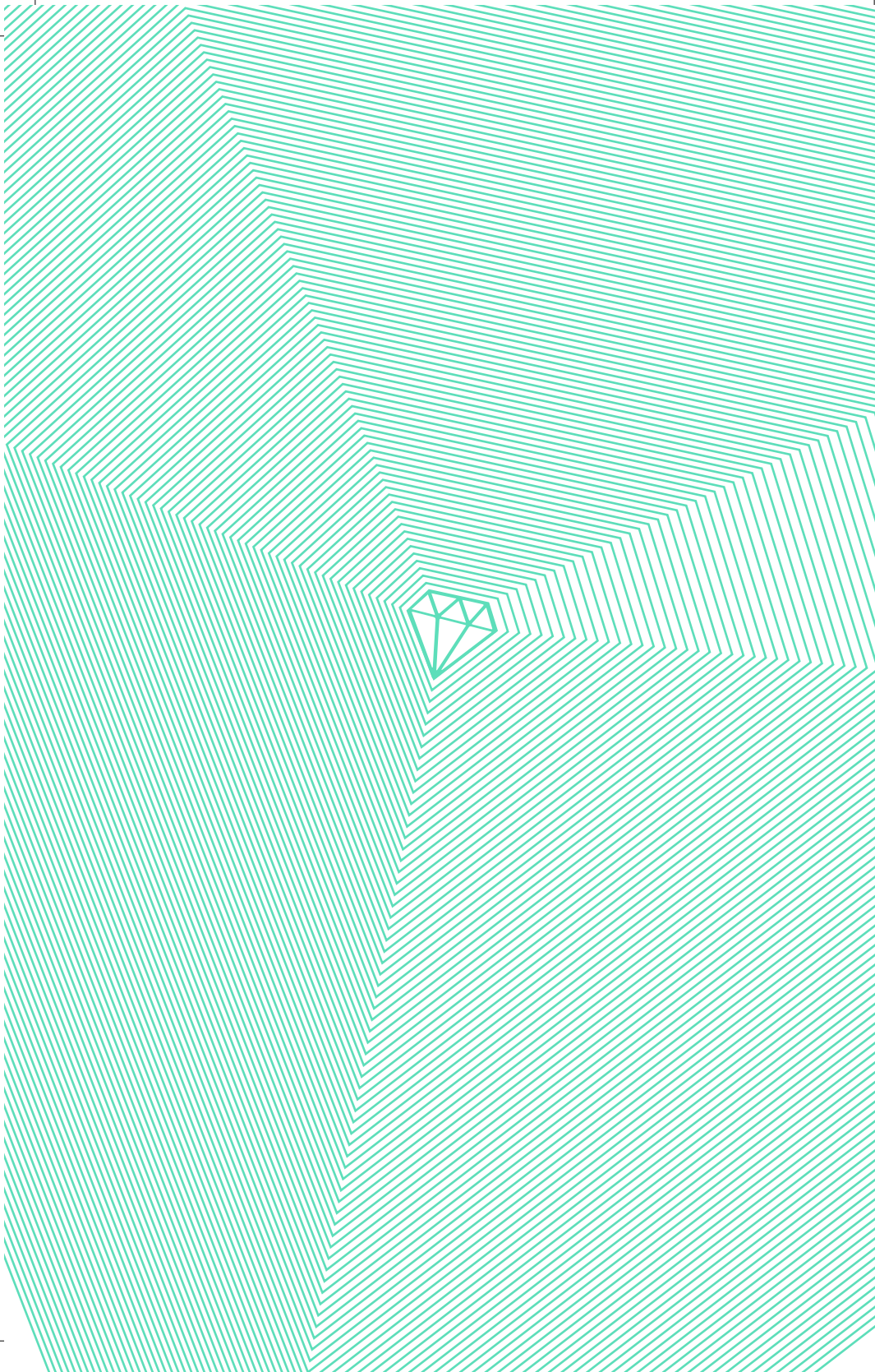




*La frase
motivacional
es realmente
bonita cuando
te hace pasar
a la acción.*

@carmentuitera
#weonatupodi





Mi futuro en un puntaje

Era un día importante en mi casa. No tanto para mí, pero sí para mis papás. Llegaban los resultados de la PSU y, aunque había bajas expectativas sobre mi persona, sentía la presión desde que desperté. Era EL día, pero me seguían repitiendo que si no era en esta ocasión sería en otra, que no me preocupara, que la vida daba muchas oportunidades. En ese momento, a mis tiernos dieciocho años, creía que la vida era muy corta y, por lo mismo, la PSU no me podía importar menos.

33

Fue en los ensayos de matemáticas donde quedé debiendo puntaje. ¿Sabí qué significa esa weá? Significa que era tan mala para sumar, restar o multiplicar que incluso le quitaba puntos a mi misma prueba (¿te pasó?).

Pobrecita, desde ese momento el sistema ya me anunciaba que iba a ser pequeña y que tenía que conformarme con los números que ellos me enseñan-

ron que marcarían mi futuro, lo más probable, también pequeño.

Desde las ocho de la mañana, loco, mi mamá me decía: «Revisa, que a lo mejor ya se filtraron los puntajes» (yo no podía estar más ni ahí, pero hacía como que sí). «Carmen, échale una mirada... demás que te equivocaste en la hora» (weón, quería puro dormir, te juro). «Carmen, tranquila, pase lo que pase serás nuestra hija» (sin comentarios).

Ante tanta insistencia, me senté frente al computador. La mano de mi mamá en el hombro izquierdo, la de mi papá en el hombro derecho. Ahí estábamos. Listos para la humillación, pero no importaba, porque, según mi mamá, la vida daba muchas oportunidades.

34

La sorpresa fue cuando en la pantalla aparecieron mis puntajes: 630 en Matemáticas, 660 en Lenguaje y 729 en Historia. No era posible, tenía que haber un error, decían mis papás. No te voy a mentir: yo también creía que esa weá estaba mal. No sabí la lata que me dio ver esos puntajes... para muchos, el mayor logro de sus vidas y un pasaporte a una carrera tradicional y un futuro seguro, pero para mí significaba «esclavizarme» en una universidad, ojalá estatal, estudiando algo que en el futuro «me diera de comer». Claramente, no era eso lo que quería para mi vida.

Mi mamá, todavía incrédula, comenzó a tocarme el pelo y a decirme: «No te ilusiones, revisa bien» (cero fe). Le hice caso, volví a buscar, y sí, esos eran los resultados con los que yo, la hija mayor (de dos),

pasaba oficialmente de ser la oveja negra al orgullo de la familia.

Confirmados los puntajes y superada la sorpresa, inmediatamente comenzaron a caer las proyecciones: «Tienes que estudiar Derecho», «esta niñita nació para Periodismo». Te seré sincera: nada de eso me hacía sentido, y me fui como hacha a Google a buscar: «Carrera de corta duración y rentable». Me puse a revisar las opciones, pero mi familia insistía en que una CARRERA DE VERDAD NO DURA MENOS DE CUATRO AÑOS. ¿De verdad tenía que estudiar tanto para validarme como una persona capaz?

Presionada por mis papás, postulé a Derecho y a Periodismo en la Universidad de Chile; para ellos, eso era lo más. Llamaron a todo el mundo: primos, tíos, abuelos, amigos, etcétera, e hicieron cadenas de oración para que me aceptaran. De pronto, yo, el cachito de la casa, pasaba a ser EL tema, sí, el tema más importante.

35

Si bien yo no compartía el entusiasmo familiar, no los culpo: a mi papá se le inculcó el estudio como un gran logro (y yo también creo que es uno, pero no el único) y, por el lado de mi mamá, mis tatas eran de Cerro Navia; mi tata Tulio era camionero y mi abuela Tere (aún viva para la primera edición de este libro) vendía quesos en su negocio. Era tan rico ir a verlos, me regalaban, comía en quesos...

Sorry lo dispersa, volviendo al tema: en ese momento el sueño más grande de mis papás era que sus



dos hijas estudiaran; de hecho, para eso trabajaban. Entonces, ¿cómo voy a culparlos?

Por el lado de mi papá, mi tata Víctor fue la única persona que consideré parte de mi familia, el mejor tata del mundo, cariñoso y con una paciencia infinita. Gracias a él desarrollé mi gusto por lo artístico; bailaba ballet, tango y cueca mientras él escuchaba su música en el living. Tengo hermosos recuerdos suyos, como cuando me dejaba mojarlo con la manguera, comerme su alcachofa, tomar vino a escondidas cuando tenía seis años (ahora que lo pienso, tal vez esta weá no era muy responsable de su parte, pero me hace amarlo más) o cuando me contaba sus historias y me gritaba bien fuerte: «¡Carmen Andrea!» para llamarme y mostrarme las noticias, porque le encantaba leer. Él nunca me dijo que estudiar era importante ni me puso condiciones sobre cómo tenía que ser; era una persona maravillosa y alguien que marcó mucho quien soy ahora, lo que le agradezco profundamente.

Retomando el hilo de la historia, para la mala suerte mía, quedé en Periodismo en esta universidad tradicional. Recuerdo que eran sesenta y seis cupos y yo quedé en el lugar sesenta y cuatro. Al parecer, iba a tener que seguir el camino que ellos me decían. A partir de ahí, todo se dio por sentado: la niñita estudiaría en una universidad tradicional que, además de ser más «barata», tenía prestigio, lo que era una garantía para mi futuro laboral, ¡qué lindo sonaba todo!



Acá vamos,
más cansada
que la chucha,
pero vamos.

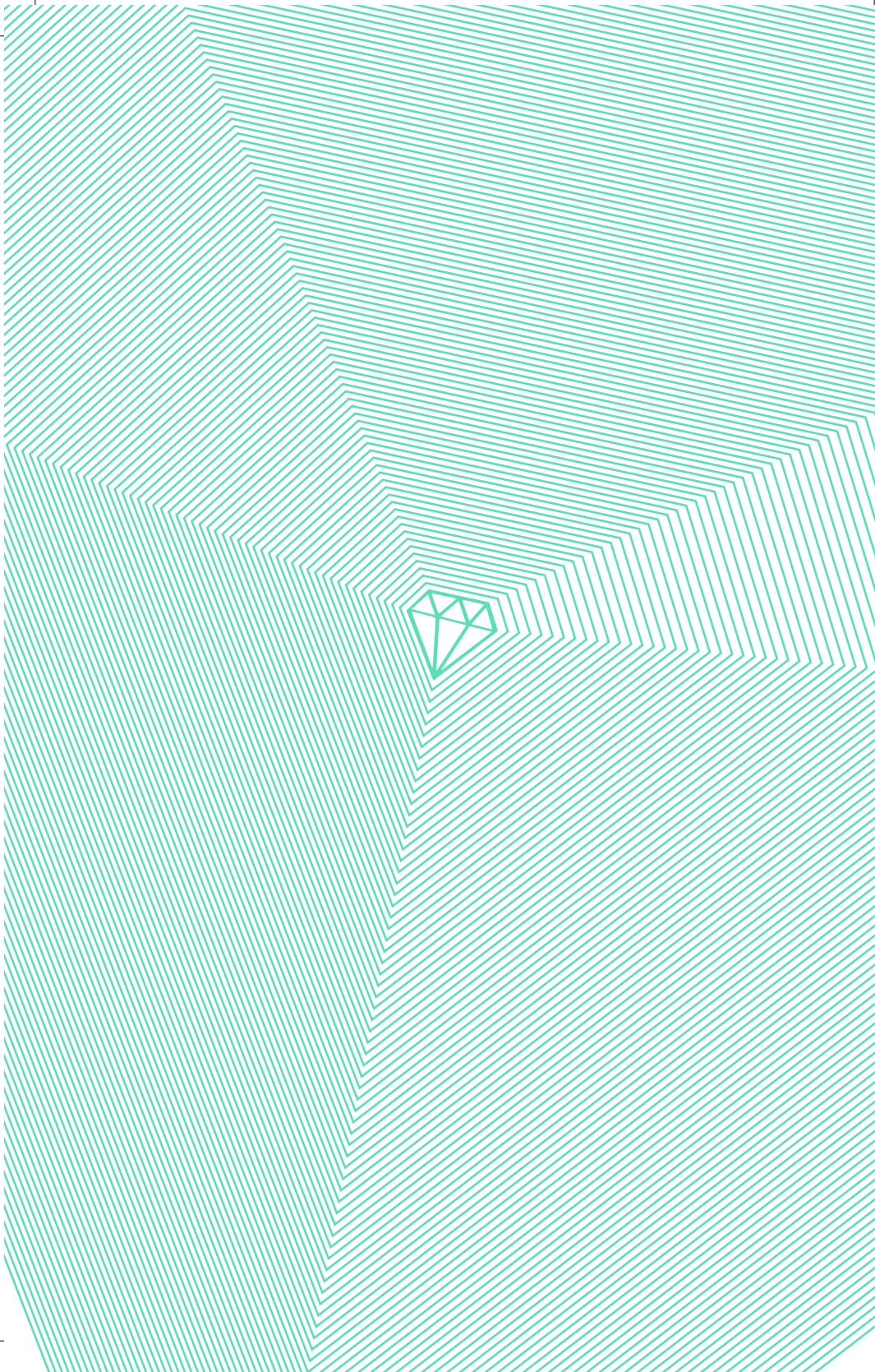


Juntando
fuerza en cada
aprendizaje.



@carmentuitera
#weonatupodi





Primera y segunda carrera fallidas

Confesión: No estoy para nada orgullosa de lo que voy a contar a continuación. Pero no por eso lo voy a esconder ni voy a mentir. Siempre con la verdad por delante. ¿Qué pasó? Cuando fui a conocer la universidad, simplemente no me hallé. No me gusta leer ni escribir (ahora quizás un poco más)... Me quedó más que claro que esa carrera no era para mí. Cuando les conté a mis papás quedó la cagada. No hubo ni preguntas, me agarraron de un ala y me inscribieron en Derecho en una universidad privada. A partir de ahí se las voy a hacer corta: era entretenido, pero de nuevo me topé con una montaña de lecturas y ese mismo año me cambié a Historia, me cargó, después volví a Derecho y terminé con el decano sentado frente a mí diciéndome: «Señorita Castillo, creo que nuestras esperanzas en usted se terminaron; es una persona inestable que debe encontrar su camino o terminará siendo una más del montón».

Debo reconocerlo: el hombre tenía razón. Estaba perdida, re perdida, buscando lo que todos creían que era correcto para mí, pero que estaba muy lejos de llenarme. Y si seguía así, no iba a llegar a ningún lado.

Soy una persona que no tiene miedo al error, fallo constantemente y seguiré fallando. Pero en ese momento entendí que TENÍA que equivocarme, que era algo necesario. Nunca tuve miedo a decir: «¿Sabís qué? No me gustó esta weá, chao. Me voy de acá, me voy a otro lado». Mirando hacia atrás, no debí tomar las cosas tan a la ligera. Verlo ahora casi como un capricho hace que se me apriete la guata, sobre todo porque hoy, a mis treinta y un años, soy consciente de que no todos tuvieron ni tienen las mismas posibilidades que yo.

40

Siempre se nos ha enseñado que la vida tiene una serie de pasos: sales del colegio, das la PSU (porque inconscientemente, desde que entras al colegio te están preparando para esta prueba), entras a la universidad, encuentras pega, te compras un auto, te casas y tienes hijos. Entonces una mujer llega a los treinta y cinco y si no tiene hijos, ¡la weá es terrible! Es como si todo estuviera preestructurado.

Pero hoy podemos hablar más fuerte. Aceptemos que muchas mujeres NO quieren ser mamás, que las familias están cambiando, que lo material no tiene por qué definirnos y que el matrimonio ya no es la única opción. Nos obligan a cumplir ciertas exigencias para sentirnos «exitosas». TRAUMAN a quienes creen que es la única forma.

A pesar de haber sacado los puntajes que saqué y de haber quedado donde quedé, ese decano tenía razón en una cosa: yo era una persona inestable para aquellos que creían que el sistema establecido nos hacía un favor.

Pero, así como tenía razón en eso, se equivocó en otra cosa: la esperanza tenía que venir de mí. No de él, ni de mis papás ni del sistema. DE MÍ.

¿Quién dice que hay que seguir la weá como ellos quieren? Hay gente que vive muy frustrada por no romper ese molde. Yo me salí del molde en muchos aspectos y acá estamos: con una entrevista en revista *Paula* en abril de este año y escribiendo un libro con editorial Planeta. Lo que quiero decir es que, si rompes el molde, ¡weona, da lo mismo! Y si eres feliz dentro del molde, ¡la raja también! Jamás he mirado en menos a la gente que estudió, pero no creo que sea la única forma. Es válido tanto hacerlo como no hacerlo, lo importante es que te llene.

41

Acá quiero contar algo muy importante que marcó mi vida. Cuando era chica mi papá trabajaba para una empresa estatal y, en un momento dado, descubrió corrupción dentro de la empresa. Al denunciar, no lo despidieron, pero lo menoscabaron hasta denigrarlo. Yo tenía como trece años. Esta injusticia generó mucha rabia y rencor en mí. La gente se espanta cuando uno cuenta estas historias, pero ¿para



qué voy a mentir? Entonces, me compré un megáfono y me instalé afuera de las oficinas de esta empresa con mi mamá y mi hermana. Nosotros somos de Rancagua y viajábamos todos los días a Santiago, exclusivamente a esto que voy a contar. Por las mañanas, esperábamos al presidente ejecutivo de esta empresa. Yo, cuando veía que el tipo venía desde la esquina caminando, le empezaba a gritar con el megáfono: «¡CORRUPTO, CORRUPTO!» (creo que intercalaba varios garabatos ahí, pero para qué vamos a extendernos tanto). Protesté un año completo.

¿Te cuento una copucha? Incluso me tomaron detenida a causa de esto. Sí. Para ese momento ya no éramos solamente las tres, se nos habían sumado más personas. Un día fuimos a protestar con pancartas afuera de La Moneda. Llegaron los carabineros y nos tomaron detenidos a varios, entre ellos a mi madre y a mí. Nos metieron en uno de estos buses enormes, blindados. Estuvimos en el calabozo de una comisaría, nos metieron en unas jaulitas chicas. Tú vas a decir: «Obviamente esta loca debe haber aprendido después de todo esto». Pero no po, seguí protestando. Seguí con la lucha. Aprender no significa quedarse calladita y piolita para no tener problemas.

El otro día me escribió un señor que trabajaba en el banco del frente de la oficina donde yo protestaba, porque vio mi reportaje en revista *Paula*. Se acordaba de nosotras, porque nos dejaba pasar al baño en el banco. Me dijo: «Deberías contar más esta historia, porque esta historia define lo que eres ahora».

Y creo que es verdad, porque esa fue la primera vez que literalmente saqué mi voz.

El tema de mi papá me hizo crecer de golpe y tener una mentalidad de alguien más adulto. En la adolescencia no hice las cosas típicas de alguien de mi edad. A los diecisiete no quería carretear, no tomaba. No me interesaba mucho lo que hacían los cabros de mi edad. No los miraba en menos, para nada, pero quería crecer pronto para cambiar ciertas cosas. Quería ser grande para derribar lo establecido.

Desde esta etapa mucha gente me empezó a decir que no iba a poder. Y hoy creo que este es el principal motivo de por qué puedo. Hoy lo agradezco, porque cada vez que me dicen que no puedo es un desafío.

Darme cuenta, eso sí, de que la lucha de mi papá no era mi lucha me dolió, porque lo admiraba profundamente. Sin embargo, tuve que dar un paso al costado para comenzar a enfocarme en lo mío. A él le costó entenderlo, pero creo que con el tiempo se ha ido dando cuenta de que amo el camino que elegí, y lo veo orgulloso de eso.